

Paraguay, donde ganó la esperanza

Numa Molina, s.j.*



Lugo no sería el único culpable si ocurriera un fracaso en su gestión. Los paraguayos también, aquellos a quienes él confió encargos de gobierno y la Iglesia Católica como única institución creíble que a lo largo de la historia ha conservado el índice más alto de honestidad y estima. ¿No será acaso este un momento de retos para la Iglesia paraguaya? Si hoy tienen los obispos uno que salió de sus filas, como Presidente de la República, ¿no sería este el momento de dar su aporte para que, como dijera Lugo, desde una “política pastoral” el Reino de Dios acontezca?

Después de la eucaristía en la que participó acompañado de su homólogo venezolano Hugo Chávez, el electo Presidente de Paraguay con la sencillez de quien ha vivido en el vecindario, se escabulló del público para una capilla privada que hay junto a la iglesia. Eso me permitió escuchar de él algunas anécdotas misioneras de su tiempo en Ecuador. Luego dimos inicio a la reunión con el grupo de sacerdotes y pastores de otras iglesias que habíamos sido invitados a participar en ella.

Fernando Lugo es uno de esos personajes atípicos que, desde su condición de cristiano y obispo, tuvo el atrevimiento de vivir una experiencia eclesial distinta a lo que han sido los esquemas tradicionales de una diócesis. Es la impresión que deja cuando, este hombre de 57 años, cuenta su experiencia de vida. Ahora bien, eso tiene un precio, el des-precio, que generalmente llega desde la misma institución.

Al referirse a su pasado como sacerdote, afirma que “muchos padres quieren ser obispos”; sin embargo, apelando a un decir paraguayo nos confiesa: “esa calentura no me llegó”.

Cuando recuerda sus años como misionero y docente en Ecuador se le ilumina el rostro y, una sonrisa acompaña con detalles su narración: “seis meses trabajábamos en el conuco, deshierbando, sembrando, labrando la tierra y seis meses que dedicábamos a la formación de las comunidades”.

UN CURA DISTINTO

Quienes fueron sus amigos y alumnos en Guaranda (Ecuador) lo recuerdan como un cura distinto. Casi nunca lo vieron con sotana. Andaba en moto, tenía la barba larga y usaba una boina. Tocaba la guitarra y cantaba canciones no sólo religiosas sino de la cultura popular. Vivía con los campesinos y la gente de los barrios a quienes servía.

Recuerda que cuando lo eligieron candidato para obispo hizo un serio discernimiento y concluyó que no debía aceptar, que era mejor seguir

viviendo su vida sin el compromiso episcopal. De hecho, ya para ese momento le habían investigado su vida y los testimonios confirmaban que era un sacerdote apegado a la sana doctrina de la Iglesia. No obstante su negación, un amigo suyo compañero de formación que hoy también es obispo, le convenció para que aceptara el encargo.

Es así como Lugo se convierte en obispo de su lar nativo, el pueblo sufrido y digno de San Pedro del que proviene, y que lo vio crecer.

Su formación como religioso de la congregación del Verbo Divino le formó para la predicación del Evangelio y la inculturación entre las diferentes culturas. Esa nota distintiva lo marcará por el resto de su vida. Por eso Monseñor Lugo al llegar a su diócesis, decretó como idioma oficial de la misma el guaraní, lengua originaria indígena que es la más hablada en la región. De ahí que si un sacerdote quería venir a colaborar con el Obispo de San Pedro Apóstol como misionero, se las tenía que haber con el aprendizaje del guaraní. Así se profundizaba en una Iglesia local misionera el proceso de inserción, que había comenzado con Monseñor Oscar Pérez Gárate, su predecesor. Cuando Lugo llega ya era una diócesis fundada en *comunidades eclesiales de base* que él se encargará de consolidar. Eran seiscientos cincuenta comunidades y cuando finalizó su servicio como obispo ya sumaban mil trescientas.

DOS OPCIONES

Una vez posesionado como obispo sintió que tenía dos opciones: vivir como príncipe o vivir con la gente como uno más del pueblo y eligió esta última. Por eso el palacio episcopal nunca fue habitado por él, los viernes acudía allí para atender requerimientos de algún documento u otros asuntos de tipo burocrático-eclesial. Pero su vida transcurría en una casa humilde como la de sus campesinos. Además no usaba signos clericales que le confirieran privilegios. Eso hizo levantar muy pronto las críticas por parte de algunos obispos y clérigos paraguayos quienes sostenían que Lugo no atendía a sus feligreses porque no vivía en el palacio. No era que Lugo no atendía a su gente sino que vivía con ella, que es lo más evangélico de una acción pastoral.

Muchas veces lo acusaron de conspirador y hasta guerrillero. Él cuenta una anécdota entre muchas, que le ganó este apelativo: una vez llegó a una comunidad y la gente no estaba en el lugar donde celebraría la misa. Ese día toda la aldea estaba acompañando a un grupo de campesinos sin tierra que habían decidido tomarse una finca abandonada. Y el Obispo, sin dudarle, se fue allá también a estar con los campesinos

que, por justicia, reclamaban un pedazo de tierra y se quedó con ellos toda la jornada.

El hoy Presidente de Paraguay ante la pregunta de uno de los presentes, sobre si le había sido desgarrador el momento en que abandonó el ministerio episcopal, respondió que no había sido traumático ya que él vivió para su gente y esa gente no lo abandona, lo sigue acompañando, y añadió “no me costó renunciar porque no me sentía apegado al anillo, al báculo o a privilegios. Me sentía libre, nuestra primera vocación, como dice San Pablo, es a la libertad”

La diócesis de Monseñor Lugo era una verdadera iglesia particular que vivía la autonomía de las primeras comunidades, hoy reafirmada por el Concilio Vaticano II. Era una Iglesia atípica como él mismo la describe. No había reuniones de clero sino de comunidades eclesiales donde los laicos y laicas eran los protagonistas de la vida eclesial. Los sacerdotes eran veinte mientras que los laicos animadores de las comunidades eran más de ochocientos. La institución eclesial en su gran mayoría era contraria a este modo de proceder, en cambio las comunidades eclesiales de base estaban con él y apoyaban su proyecto pastoral. No obstante las críticas, en la página Web de la Conferencia Episcopal de Paraguay se puede leer esta nota: “Monseñor Lugo está considerado como uno de los obispos más comprometidos con la realidad campesina” (cnf. <http://www.episcopal.org.py/>)

CRISIS DE LIDERAZGO

Paraguay como todos los países de América Latina sufre una crisis de líderes creíbles y el pueblo ya está cansado de ensayar cada vez que hay elecciones presidenciales. Podríamos decir que la vida de muchos pueblos latinoamericanos transcurre entre el estruendo de las campañas electorales y posteriormente un silencio cabizbajo producto de la decepción, porque aquel líder que eligieron ayer con esperanza de cambio, hoy les genera una frustración enorme.

Es por ello que el pueblo paraguayo veía en el obispo Lugo una figura carismática, pues dada su trayectoria de compromiso, era el único capaz de aglutinar el descontento de un país con 62 años de monopartidismo gobernante. Y así, el 17 de diciembre de 2006 el pueblo le consignó más de cien mil firmas pidiendo que aceptara ser candidato presidencial. Le argumentaban que si había dedicado 36 años a la misión como sacerdote y religioso por qué no dedicarle ahora cinco años a su país, que no deja de ser un servicio a la construcción del Reino. Y afirma Lugo que, después de discernirlo mucho, un pensamiento del Papa Pío XI vino a clarificar lo que sería su decisión: “La política es la expresión más sublime del amor”.



SU CAMPAÑA ELECTORAL

Cinco obispos lo adversaron frontalmente durante su campaña, mientras que el pueblo sencillo lo apoyó incondicionalmente. Su propuesta política la realizó desde las comunidades eclesiales de base. Recuerda a un obispo que antaño recorrió tres veces Paraguay a lomo de mula. Él, en cambio lo recorrió tres veces pero en vehículo rústico. Las comunidades le donaban el combustible para su jeep y él se quedaba donde le brindaran posada, en colchonetas por el suelo. Visitó los pueblos indígenas, gesto este que ningún político había tenido hasta entonces en Paraguay. No hacía discursos sino que se dedicó en sus giras a escuchar a la gente, nada más.

Ante esta decisión tomada, El Vaticano optó por suspenderlo *Ad Divinis*, que significa la prohibición de celebrar sacramentos. Intuye además que muy pronto le llegará de la Santa Sede lo que se conoce como la reducción al estado laical, que es por cierto, según Lugo, una expresión peyorativa, no para el clérigo que sale, sino para el laico, porque es tanto como decirle quedas reducido a nada, como un laico. Se me ocurre una expresión mejicana: ninguneado.

Fernando cree que en América Latina se está despertando en el episcopado, aunque de modo muy sutil, la conciencia de un nuevo ministerio, el de la mediación. Podemos ver obispos en distintos lugares del continente ejerciendo un papel muy útil como mediadores.

ESCUCHAR EL CURSO DE LA HISTORIA

No olvida, el electo Presidente, lo que significó para él como experiencia en su diócesis, el Sínodo Diocesano. Fue una experiencia que se desarrolló en dos etapas, en la primera recogieron la historia de las comunidades cristianas y en una segunda etapa, que les llevó un año, la dedicaron a escudriñar los signos de los tiempos. Fue difícil encontrar un término que en guaraní expresara el sentido del término. El más apropiado que encontraron fue *arandú* que significa escuchar lo que acontece, discernir y explicar. Por ejemplo, hicieron discernimiento sobre la unidad. El obispo tiene que ser signo de unidad, afirma con una convicción que sólo la experiencia puede ofrecer.

El nuevo Presidente de Paraguay piensa que no debe vivir en el Palacio Presidencial. ¿Cómo va a hacer? no tiene la fórmula. Está consciente que los manejos políticos tratarán de encapsularlo para que se aleje de su pueblo.

Recuerda agradecido cómo el pueblo humilde se las jugó el día de las elecciones. Personas que caminaban hora tras hora para ir a depositar su voto mientras que el adversario negociaba conciencias trasladando los electores desde sus casas y comprando con dinero el voto. La campaña de Lugo fue pura pasión de un pueblo que quería un cambio de rumbo para su país. Afirma hermosamente “lo mío fue una política casi pastoral”, porque detrás de todo

estaban los cristianos de a pie que siempre creyeron en él.

El ex Obispo de San Pedro sabe que el lado oscuro de lo político es perverso y desde ya ha percibido cómo “durante las veinticuatro horas del día” le llegan ofertas engañosas que sólo buscan comprar su conciencia, pero él está claro que “la dignidad y la honestidad no tienen precio” Y aduce: “el que no ama a su pueblo que no se meta a hacer política ya que ésta es como arma de doble filo que, mal usada y sin honestidad, se convierte en una industria muy jugosa para hacer dinero”.

LO QUE VENDRÁ

Ahora queda la gran interrogante por lo que será el gobierno de un obispo, que no deja de serlo aunque no administre los sacramentos, porque la consagración sacerdotal imprime carácter, es decir se recibe para toda la vida.

Es la primera vez en la historia de la Iglesia que un clérigo con el grado de obispo llega a ser presidente de un país. Y la formación sacerdotal prepara para la bondad del hecho político mas no para estar en el ojo del huracán, donde se tejen los más oscuros intereses. Donde el espíritu de este mundo siempre está presto para escamotear las opciones de aquellos que, con un corazón sincero, creen que las bienaventuranzas de Jesús son posibles.

Paraguay vive una realidad política muy compleja producto de la hegemonía de un solo partido en el poder que hoy se levantará como gigante dormido a querer truncar lo que han sido los sueños de los de abajo. Corrupción y mentira eran tema cotidiano en la vida de los paraguayos que se sentían impotentes ante la impunidad, y por otra parte un desgano total de apostar por el futuro del país. Hoy, como me comentaba Gabriel Ansurralde, jesuita paraguayo, “el país es el mismo pero con la diferencia que tiene esperanza con el triunfo de Lugo y eso ya es mucho. Los jóvenes hablaban de la moda o del artista que está en cartelera, ahora a los jóvenes se les oye hablar de política”. Y continúa Gabriel afirmando “yo aun cuando no hiciera muchas cosas, sólo con que gobierne honestamente por cinco años, sin escándalos de corrupción, ya ha hecho mucho para levantarle la moral al país”. ¿Estará en condiciones Fernando Lugo para resistir las embestidas no sólo de la burguesía incrustada sino también de los intereses exógenos que la apoyan?

Es un hombre culto y con una formación misionera capaz del aguante necesario. Sólo que en este momento debe rodearse de los mejores, necesita un equipo de hombres y mujeres a toda prueba de honestidad, capaces académicamente y convencidos de la existencia del mundo pobre, ganados para esa causa. Además, Fernando necesita, desde ahora, establecer mecanismos

para no dejarse encapsular. Pues serán muchas las propuestas sutiles o explícitas que le vendrán para que se aísle de su pueblo, donde no escuche las voces y el clamor de los empobrecidos que han apostado por él.

¿ES EL TIEMPO DE LA IGLESIA EN PARAGUAY?

Lo anterior nos lleva a pensar en la corresponsabilidad política. Lugo no sería el único culpable si ocurriera un fracaso en su gestión. Los paraguayos también, aquellos a quienes él confió encargos de gobierno y la Iglesia Católica como única institución creíble que a lo largo de la historia ha conservado el índice más alto de honestidad y estima. ¿No será acaso este un momento de retos para la Iglesia paraguaya? Si hoy tienen los obispos uno que salió de sus filas, como Presidente de la República, ¿no sería este el momento de dar su aporte para que, como dijera Lugo, desde una “política pastoral” el Reino de Dios acontezca?

Crear que un líder lo resuelve todo es siempre caer de nuevo en el ingenuo mesianismo. El éxito de una gestión sólo ocurre cuando hay corresponsabilidad política en quienes lideran el proyecto y los gobernados. Y esto ocurre cuando los actores están apasionadamente convencidos de que su acción política no tiene otro fin que el bienestar y la felicidad de un pueblo. Ya lo ha afirmado Lugo en varios de sus discursos que “el fin último de la política es la búsqueda del bien común”. Si hacia allá camina el equipo de gobierno del nuevo Presidente, entonces podemos avizorar para ese gran país un kairós, un tiempo de gracia en el que otro Paraguay es posible.

* Periodista y Doctor en Espiritualidad.